

NOTAS PARA LA HISTORIA MILITAR DE LA ESPAÑA PRERROMANA

por JULIO BALBIN DELOR
Teniente Coronel de Caballería, del Servicio Histórico Militar

I. GENERALIDADES

Cualquiera que sea el número de partes, capítulos o fases en que el historiador militar quiera dividir sus trabajos de tipo general, a los efectos de estudiar la Historia orgánica del Ejército, una época o período completo puede constituirlo el que precede a la dominación romana.

España deja de ser prácticamente un dominio cartaginés en el 206 a. de J. C., cuando arrinconados los púnicos por las huestes de Scipión en Cádiz, sólo les queda este baluarte, y algunos focos sueltos en el resto de la Península y Baleares.

Los años 133 a. de J. C. en que, tomada Numancia y totalmente pacificada España, pasa, como provincia romana, a formar parte del Imperio, o 218, en que con el desembarco de Cneo Scipión en Ampurias, Roma pisa suelo español por primera vez, son fechas que pueden servir para estudiar la organización del Ejército en su segundo aspecto o fase, a las órdenes de sus nuevos conquistadores.

El período prerromano es la época más oscura y que más se presta a las divagaciones. Las investigaciones científicas de todo género, dan lugar a un número de hipótesis distintas, y aparentemente correctas, igual al de investigadores.

Pero como lo que no puede negarse son los hallazgos y excavaciones, deben exponerse y comentarse.

Las instituciones militares de estos primeros tiempos, o si se prefiere los métodos y normas de combatir y las armas, podrían estudiarse por el material empleado o por las razas pobladoras. Un

Ejército o, mejor, un modo de combatir en la Edad de Piedra o en la Edad de los Metales; o bien un modo de combatir ibero, celta o celtíbero, después cartaginés y romano, teniendo ambas maneras el suficiente rigor científico.

Si comenzamos por esbozar ligeramente esas dos primitivas épocas —Edad de Piedra y Edad de los Metales—, debemos seguir también la clásica división de ambas en etapas: Paleolítico o piedra tallada, y Neolítico o piedra pulimentada, en la primera, y Bronce y Hierro en la segunda, bastando para nuestro punto de vista exclusivamente militar esas primeras divisiones.

En cuanto a la fecha puede llegarse de momento, y como se dijo antes, al año 206 a. de J. C.

II. EDAD DE PIEDRA

Dividida esta edad en las dos fases indicadas, Paleolítico y Neolítico, se estudian en aquél dos períodos y una prolongación: Paleolítico inferior, Paleolítico superior y Epipaleolítico. De este último puede prescindirse, tanto por su falta de contenido militar como por confundirse con la primera fase del Neolítico.

Del Paleolítico inferior, nada guerrero debe presumirse y ni aún el arco debió conocerse. Sólo la comparación de los hallazgos líticos de aquella época con los instrumentos de los pueblos salvajes de la actualidad, pueden darnos una idea aproximada de su modo de vivir, y, en consecuencia, de combatir, pero falseada muchas veces, ya que la vida actual de estos pueblos puede estar influida por métodos y costumbres más modernas.

En las pinturas del Paleolítico superior, se contemplan ya grupos de guerreros, armados exclusivamente con arcos y flechas, y localizadas principalmente en las cuevas del Este de España. En muchas de esas pinturas se ve lucha. En otras, no. Pero por ser los animales representados de un arte inferior, puede suponerse que la hay y no van de caza.

Confundidos con los últimos tiempos del Paleolítico superior, aparecen los primeros del Neolítico, no bien definido hasta su última fase —eneolítico, nuevo eneolítico, o eneolítico pleno—, que puede llamarse también Edad del cobre, porque empieza a aparecer este metal, aunque no el bronce.

En el Neolítico, y de acuerdo con los hallazgos, se determinan

distintos períodos. Siguiendo a A. del Castillo, pueden denominarse: cultura de las cuevas, en las que faltan totalmente las armas o útiles para la guerra; cultura megalítica y cultura de Almería. En estas dos últimas se puede apreciar, en cambio, la presencia de un pueblo belicoso, tanto por la difusión y situación de los megalitos como por la abundancia de armas en los ajuares funerarios: puñales, puntas de flecha, hachas, alabardas, punzones y cuchillos. Se emplea, además de la piedra y sílex, el cobre. Estas tres culturas se prolongan y perfeccionan en el pleno Neolítico, pero sin nuevas aportaciones al armamento encontrado. Puede señalarse únicamente que los hallazgos tienen más cantidad de metal.

Posteriormente, y antes de entrar en la Edad del Bronce, se desarrolla la cultura del vaso campaniforme, extendida por toda la Península, llegando su influencia a toda Europa, hasta Rusia, pero sin que determine ningún cambio en la forma y materiales del armamento, que sigue igual o casi igual que en las primeras fases del Neolítico.

En cuanto a las fechas, parece un poco ingenuo hablar de ellas, ya que las diferencias de los opinantes son de miles de años, sobre todo en los diversos períodos del Paleolítico, modestamente determinadas por los hallazgos en diversas localidades, de donde toman su nombre.

De los años 25000-6000, a. de J. C., señalados para comienzo y fin del Paleolítico, se desciende de modo brusco, pasando al 12000-4000, y, naturalmente, todas las cifras intermedias tienen sus defensores. Sin grave error se puede situar el fin del Paleolítico y, por lo tanto, principio del Neolítico, en el 3500, llegando hasta el 2500, en que empieza la Edad del Metal, con sus fases del cobre, bronce y hierro. Cobre puro del 2500 al 2000; cobre con aleación de estaño, bronce, del 2000 al 1000, y hierro a partir de este año.

Los estudios geológicos permiten a los arqueólogos ciertas bases, pero de consistencia muy relativa. Los ensayos realizados principalmente por geólogos escandinavos, sobre retroceso de los hielos y cálculos astronómicos, no alteran sustancialmente las cifras anteriores.

III. EDAD DE LOS METALES

a) *El Bronce.*

La edad caracterizada por el empleo del metal arranca del 2500 y llega hasta nuestra era. Suelen estudiarse separadamente aquí las Baleares y el territorio peninsular, no habiendo militarmente nada que se oponga a ello. No puede señalarse con exactitud el final del Neolítico y el comienzo de los metales, y hay algún confucionismo en las fechas, sobre todo alrededor del año 1000, en que se confunden las armas de hierro y las de bronce, y aún las de cobre y bronce inferior, llamado así por alearse el cobre con el antimonio y el arsénico en lugar del estaño.

En las Baleares hay un primer tiempo, o *periodo de tipo argárico*, y un segundo, o *cultura talayótica*. En el primero aparecen puñales pequeños, punzones de metal y hueso y alguna espada. Y en el segundo hay, además de las hachas de bronce, proyectiles para hondas y espadas de hoja maciza con nervio central.

Pero el monumento más característico es el *talayot*, nombre aplicado a toda construcción en forma de torre o atalaya, y formada por grandes bloques de piedra montados directamente unos sobre otros, sin mezcla ni trabazón. Son torres de vigilancia y defensa con un doble fin, funerario y militar. Las *navetas*, en cambio —de forma de naves invertidas—, tienen un fin sólo funerario.

Aunque de las Baleares suele pensarse principalmente como de un pueblo de honderos, utilizado más tarde por los cartagineses para sus formaciones ligeras, con gran pericia en el manejo de sus clásicas tres hondas —mano, cabeza y cintura—, por ejercitarse desde niños, la abundancia de espadas en las excavaciones hechas en los numerosos poblados —y son muchos aún los no explorados—, dan militarmente fe de un pueblo, que además de la honda, emplea también, y con bastante frecuencia, esas espadas, así como las lanzas con punta de bronce, a la par que construye muy buenas fortificaciones.

En la Península pueden señalarse dos épocas: *primera y segunda edad del bronce*, muy ligadas a las excavaciones y hallazgos de los hermanos Siref, ingenieros belgas, que nos conducen en primer lugar a las necrópolis de El Argar —Almería, proximidades del

río Antas—, que da nombre nada menos que a toda una cultura, la *argárica*, y hasta a una edad: la *primera del bronce*.

Al examinar las tumbas se ven todos los objetos que acompañaban al difunto, y entre ellos las armas: hachas, cuchillos, puñales, punzones, flechas y alabardas. Y, desde luego, las espadas. Todo esto, tanto en las tumbas como fuera de ellas, indica luchas, combates, guerras.

Las espadas son, en principio, puñales perfeccionados, con escotaduras en la hoja, y empuñadura de madera, y la alabarda es maciza, de base más ancha y con nervio longitudinal.

Esta *cultura argárica* se difunde, como los dos lados de un gran ángulo recto con vértice en Almería, por toda la Península, teniendo derivaciones hacia el centro e incluso noroeste, a donde pudo llegar por caminos costeros, y con hallazgos análogos, marcándose en alguna de las espadas encontradas un sistema de transición en la empuñadura.

La *segunda edad del Bronce* varía los métodos de fabricación, comenzando la llamada fundición a la «cera perdida», por desaparecer ésta sustituida en el molde de barro por el metal a gran temperatura. Se emplea el bronce exclusivamente y es distinto también el sistema de enmangamiento. Cambia igualmente la propia índole de los hallazgos, que pasa de las sepulturas a los depósitos o escondrijos. Hay uno militarmente importantísimo: el de la Ría de Huelva, descubierto en 1923, dragando el puerto.

El número de espadas que se encontró en este depósito se aproxima al centenar, y hay además puntas y regatones de lanzas, puñales, dagas y puntas de flechas. Existen también anillas, fíbulas, botones, cierres de cinturón y bocados de caballo. ¿Cómo llegó allí? Se dan estas tres soluciones: Un escondrijo deliberado; un depósito de fundición; el cargamento de una embarcación hundida. El material empleado es el bronce. Y la falta de utensilios domésticos sólo pueden hacer pensar en que el lote procede de un campo de batalla o se destina a gentes de guerra.

Las espadas tienen nervio longitudinal y son de una sola pieza hoja y empuñadura, de 0,65 de largo y punta aguda, para poder herir de frente, a diferencia de las espadas argáricas que sólo herían de filo. Las dagas o medias espadas de 0,40 de longitud son el tipo intermedio entre el puñal y la espada, y las puntas de lanza resultan ser de tres tipos: lanceoladas de larga y aguda punta, de perfil romboidal, y de hoja de laurel. Los regatones de lanza son de

forma cónica, terminados en bolas o botones. Las puntas de flechas son triangulares y casi iguales a las arcaicas, y en cuanto a las fíbulas y botones aparecen como los más antiguos de la Edad del bronce. Hay también alguna otra pieza no definida, que bien pudieran ser cascos.

El material empleado es el bronce, y la proporción que dan los análisis es de 89,38 de cobre, 10,54 de estaño y 0,65 de antimonio; esto en general, pues las espadas tienen algo más de estaño. Algunos hilos de hierro observados pueden indicar que la época del material se acerca al año 1000.

Aparte de su interés militar, no falta historiador que señala una especie de reivindicación para Huelva de la capitalidad de la segunda edad del bronce.

Hay también hallazgos —con espadas— en Pastoriza (Lugo) e Hío (Vigo), Sigüenza, Cáceres, Asturias y Portugal. Otros en los ríos —Esla, Guadalquivir, etc.—, que pueden indicar una ofrenda a las divinidades de las aguas.

En toda esta edad del bronce hay una marcha que pudiéramos llamar normal de utilización del mineral: primero el cobre exclusivamente, y después en su aleación con el estaño. Pero abundando más éste en la región noroeste de España, pudiera ser que si se encontraron objetos de metal en la sudeste, no sólo en la época argárica, sino antes aún, en el final del Neolítico, es porque fuesen importados de regiones donde la aleación cobre-estaño era ya conocida, siendo después vista e imitada por los indígenas, que se lanzaron a buscar el estaño donde lo hubiera, bien fuera de España —Inglaterra, Francia, etc.—, o bien en España, en los yacimientos de Galicia. Con esto queremos decir que, pese a la marcha indicada (elementos de cobre primero y después de bronce), se comprende pueda haber con posterioridad a los útiles de bronce sólo, otros de cobre, dependiendo de la existencia de estaño en aquel momento. Lo que está fuera de duda es que el empleo del bronce fue imponiéndose lentamente, llegándose a finales de esta edad, a encontrarse algunos hilos de hierro en las aleaciones (como ya indicamos en el depósito de la Ría de Huelva), que indica la transición hacia un nuevo metal, y en consecuencia a una nueva época.

b) *El Hierro.*

La introducción de este nuevo metal, determina en Europa los dos clásicos periodos de *Hallstatt* y *La Tène*, que van del año 1000 al 500 y del 500 hasta nuestra era, respectivamente; nombres que provienen de los hallazgos en esas dos pequeñas estaciones de Austria y Suiza, y que, con un poco de retraso, pueden adaptarse a España, donde se sigue utilizando el bronce hasta el año 700, y aún hasta el 500. Pero de todos los tipos de espadas del hierro europeo en su fase del Hallstatt, existen hallazgos en nuestra patria, que pertenecen o pueden pertenecer a todos los periodos de aquél; espadas de bronce primero, de bronce y hierro después, y de hierro finalmente, que son las que preceden inmediatamente a la *falcata*.

Es, pues, esta primera parte del hierro en España, un periodo de transición que aproximadamente puede establecerse del 700 al 500, sin que parezca que haya inconveniente en señalar esta última cifra, análoga a la de *La Tène* europea, aunque no sea imprescindible dividirla en los periodos de aquélla, caracterizados cada uno por un tipo de espada que, como la del Hallstatt, se encuentra en España con relativa abundancia.

Situados ya en este año 500 a. de J. C. en plena edad del hierro, y en tiempos que se aproximan a los históricos, podemos ya hablar de razas pobladoras de España y sus más o menos rudimentarias costumbres militares, una vez sentados los principales jalones de tipo arqueológico.

IV. PRIMEROS POBLADORES DE ESPAÑA DE NOMBRE CONOCIDO Y SU MILICIA

Mientras no haya nada en contrario, y aun cuando se mencionen otros pueblos como los ligures, tartesios e ilirios, hemos de admitir hoy, como todos, que los primeros pobladores españoles de nombre conocido fueron los iberos, que entraron por el Sur y se establecieron en la parte meridional y oriental de la Península a principios de la edad del bronce, hacia el año 2500 a. de J. C.; que los celtas llegaron mucho después —del 900 al 700—, bien por caminos costeros o bien por los Pirineos, asentándose en el Norte y Noroes-

te; y que, fusionadas ambas razas en el Centro, formaron los celtíberos.

Las dos colonizaciones —fenicios en el año 1000 y griegos en el 600-700— están proyectadas sobre las costas orientales y meridionales, donde aquéllos fundaron sus colonias; y en cuanto al hueco que existe en el Norte y Noroeste, entre la llegada de los iberos y la invasión celta, puede rellenarse, bien con el mismo pueblo ibero que se corre parcialmente, o bien con el pueblo ligur que precede a los dos. Con más firmeza se empieza a hablar de la dominación cartaginesa, que puede arrancar de la conquista de Ibiza en el año 654, para consolidarse en los alrededores del año 240.

a) *Los iberos y su armamento.*

Hemos visto las armas usadas por los iberos durante toda la edad del bronce, y vamos a ver ahora las de la edad del hierro, en periodos que se aproximan a los históricos —alrededores del año 500— dando lugar a la llamada cultura ibérica.

Las armas iberas son en primer lugar las *espadas*, rectas en su principio, del tipo llamado de La Tène, sustituidas después por la *falcata*, sable curvo de origen dudoso, con lomo nervado. Completan el armamento ofensivo los *puñales de antenas*, las *lanzas* o *dardos* de asta de madera y punta y contera de hierro, las de hierro sólo o *soliferreum*, las *puntas de flechas* y las *hondas*, con proyectiles de piedra y de hierro o plomo.

Como armas defensivas se tienen los *escudos* de cuero, de dos tipos, uno circular y otro rectangular, los *cascos*, y algo más dudosa la *coraza*. Completan los hallazgos piezas del *arnés* del caballo.

b) *Los celtas.*

El armamento céltico, tanto por los hallazgos como por su representación en pinturas y esculturas, es ligero y a propósito para el tipo de guerra de guerrillas, abundando la *espada* corta, de tipo hallstático, y siendo rara, casi excepcional, la larga. Se utilizaron también dos tipos de *lanzas*, larga y corta, y, como armas arrojadas, un cierto tipo de *hacha* pequeña, de hierro y filo semilunar.

Como armas defensivas los *cascos* y *escudos*, pequeños, de cuero y nervios trenzados.

En general, el armamento es menos conocido que el ibero, por escasear las necrópolis con abundante ajuar, aunque haya pocas dudas en señalar al pueblo celta como población muy guerrera, y también con una arquitectura militar muy desarrollada.

c) *Los celtiberos.*

Son los pobladores del Centro y su armamento es el mejor conocido, ya que entra en los tiempos históricos.

No nos preocupa para estudiarlo su etnología, y cualquier hipótesis puede aceptarse: que en la meseta precedan los iberos a los celtas y sean éstos los que posteriormente los dominen y expulsen; que sean los celtas los primeros, y los iberos quienes los rechacen al borde septentrional; o que, más o menos pacíficamente, se repartan de modo amistoso el territorio central, que después se llamó Celtiberia.

Su armamento estaba reputado como muy bueno, y los elogios de él permiten asegurar que, desde que en España entró el hierro, la *espada* de la meseta era de las mejores que se conocían. Su adopción posterior por el ejército romano, lo confirma. Se preparaba enterrando láminas de este metal y separando después la parte más dura, la no consumida por la herrumbre, fabricándose con este hierro magnífico la espada de dos filos, cuyo golpe no podían resistir cascos ni escudos.

Su buena calidad se atribuía, tanto a la habilidad metalúrgica de los celtiberos, como a la calidad de las aguas de los ríos en que se templaba el metal, y se probaban doblándolas por encima de la cabeza hasta que punta y empuñadura tocasen ambos hombros, volviendo después a su primera forma. Su longitud era de 0,60 centímetros, existiendo otras más cortas, de antenas.

Ni sobre el *arco* y las *flechas*, ni sobre sus diversos proyectiles, hay noticias concretas que puedan atestiguar su uso por los celtiberos, pero no hay duda, en cambio, sobre el empleo del *venablo* o *dardo* arrojadizo, de hierro y punta en forma de anzuelo, la *falarica* de asta de abeto y punta de hierro, el *soliferreum* y la *jabalina*, a veces arrojadizas, para herir por penetración en el cuerpo, y otras para lanzarse encendidas, previamente recubiertas la punta de estopa y pez.

La *lanza*, finalmente, es arma tan generalizada en esta época, que

está considerada como el armamento nacional de los celtíberos. Hay dos tipos: la lanza para herir empuñada o *lanza de choque*, de 50 ó 60 centímetros de longitud, y la *arrojadiza*, más corta, una de cuyas derivaciones es la *trágula*, toda de hierro y punta de anzuelo. Completan el cuadro del armamento la *semifalarica* o *falarica corta*, el *sparus* y *geros*, armas arrojadas, los *sanniones* y *sudes*, palos aguzados y endurecidos por el fuego, el *ácide*, especie de maza y el *pilum* lanza larga metálica con asta de madera, antecesora del arma romana del mismo nombre. El *hacha* arrojada era menos conocida y usada. Las armas defensivas eran aquí el *escudo*, pequeño y redondo, llamado *caltra* y muy utilizado, y el *casco* y la *coraza*, de uso menos difundido.

d) *Arquitectura militar.*

El examen arqueológico directo de poblados y viviendas, indican la clara y predominante preocupación defensiva, demostrada porque las imponentes *murallas* eran desproporcionadas al número de edificaciones, abundando también los *fosos*, principalmente en los castros gallegos.

Tenemos como tipo de la época el recinto fortificado de Tarragona, constituido por grandes piedras de carácter ciclópeo, pero abundan en toda la Península esos muros con un grosor que va de los tres a los siete metros. Completaba el sistema defensivo, las *torres* y *castillos* —éstos en la meseta—, con el oficio mixto de fortalezas aisladas y destacadas, y las *vigias* y *atalayas* preventivas, más abundantes en el mediodía.

e) *Táctica. La falange.*

Ni aún de una táctica rudimentaria puede hablarse hasta la llegada de los cartagineses.

No hay orden para formar en batalla, y se rompe el combate lanzándose contra el enemigo en tropel y dando gritos y cantando. El instinto de conservación y de causar el mayor daño inician la *guerrilla*, la emboscada, los avances y retrocesos, pero no hay un conato de formación de alguna regularidad y simetría hasta después del año 600.

Aparecieron entonces los *hacés* o *catervas* de 6.000 hombres, con

aptitudes para la ofensiva y la defensiva, y tras la línea de *catervas* otra línea de *bloques de jinetes*, de 2.000 hombres. Estas formaciones estaban inspiradas en la falange griega, que, como se sabe, era una formación compuesta de 256 hileras de 16 hombres cada una, o sea un total de 4.096.

Arrancando de la *hilera* o *locos* —16 hombres divididos a su vez en dos *dimerias*, y la *dimeria* en dos *enomocias*—, tenemos sucesivamente la *dilaquía* o dos hileras, la *tetrarquía* o dos dilaquías, la *taxiarquía* o dos *tetrarquías*, y la *sintagma* o dos *taxiarquías*. Aquí hacemos un pequeño alto para señalar la similitud de la *sintagma* —cuadro perfecto de 16 por 16 o sea 256 hombres— con el batallón, y de su jefe, el *sintagmarca*, con el comandante; siendo el *taxiarca*, o jefe de dos *tetrarquías* —análogo al capitán o centurión— el primer oficial fuera de filas; y llegándose por orden descendente al jefe de la hilera o sargento, *ouragos* o *cierra-hilera*, pasando por el teniente o *tetrarca*, jefe de cuatro hileras o *tetrarquía*, y el *dilarca* o segundo teniente, jefe de dos mandos en filas todos ellos.

A partir de la *sintagma*, hacia arriba, venía la *pentacosiarquía*, formada por dos *sintagmas*, mandada por un *pentacosiarca*, y la *chiliarquía* o *quiliarquía*, mandada por un *chiliarca* y formada por dos *pentacosiarquías*, terminando aquí los grados de oficiales superiores de la falange, ya que el *chiliarca* era análogo al coronel y el *pentacosiarca* al teniente coronel.

Por encima de estos grados —y esto fácilmente se comprende por su analogía con las jerarquías actuales— estaba la clase de oficiales generales, que comenzaba con los dos siguientes: el *Merarcha*, que mandaba dos *chiliarquías* y podía considerarse como el brigadier; y el *Falangarcha* o General de División, que mandaba la falange simple, los 4.096 hombres ya mencionados.

El Brigadier o Merarcha mandaba la *Merarchía*, componiendo dos de éstas la *Falange* o División.

No eran en Grecia todas las fuerzas del mismo orden ni de la misma clase, y junto a la Infantería que pudiéramos llamar de línea —los *hoplitas*—, estaba la ligera, formada por los *psilitas*, la intermedia o mixta, por los *peltastas*, y la caballería, *normal* o *de línea* e *irregular* o *ligera*. La proporción era de una mitad del ejército de *hoplitas*, un cuarto, de *peltastas*, y la otra cuarta parte repartida por igual entre *psilitas* y caballería, ésta con su formación en *istlas* —escuadrón de 64 caballos, 8 por 8— y la *hipparquía*, constituida

por 8 islas, 512 caballos, bases de la formación de jinetes y mandados por un *ilarca* y un *hipparca*, respectivamente.

Los elefantes, que fueron adaptados por los griegos posteriormente —después de Alejandro— y cuya organización también de tipo falangista, empezando en la unidad elefante o *zoarquía*, no tuvo su representación en España hasta la plena dominación cartaginesa.

El servicio militar era obligatorio, aunque los generales eliminaban a los menos aptos para la guerra. Los ascensos tenían lugar por elección de sus inmediatos superiores, aunque el generalato sólo podía ejercerse durante un tiempo limitado, y los sueldos eran de tres tipos: el de los Generales, el de los Oficiales fuera de filas, y el de los Oficiales en fila y tropa, haciéndose un reparto proporcional del botín.

La falange combatía de un modo rígido, manteniendo su formación inicial y su fondo de 16 hombres; pero las fuerzas ligeras la flanqueaban y eran las primeras en hostilizar al enemigo; conociéndose los giros y conversiones, individuales o por secciones, y utilizándose los intervalos cerrados o abiertos, según la ocasión y el momento. El orden abierto se reducía al *cuneo* o triángulo con la punta hacia el enemigo, la *tenaza* o triángulo invertido con relación al anterior, y el *rombo*, unión de dos cuneos o triángulos por su base.

Las formaciones falangistas, tomadas de los persas, antecesoras de la legión, representaron el tipo de la época, fueron el espejo en que se miraron todas las tácticas de entonces, y nosotros no fuimos una excepción. La colonización fenicia no dejó rastro alguno en nuestra milicia, pero al ser los griegos los que más influyeron en estos primeros balbuceos militares, aunque fuera a través de los cartagineses, no puede prescindirse del estudio de la falange.

f) *La dominación cartaginesa. Antecedentes.*

Casi no existe hoy duda de que la conquista y colonización de España por los cartagineses comienza en el año 654 a. de J. C., fecha que se da como exacta para la fundación de Ibiza.

Antes, los fenicios en el año 1000 —hay quien da la fecha concreta de 1100 y aún 1101 exactamente—, habían fundado Gadir —Cádiz— y con más o menos fuerza se habían asentado en diver-

los puntos del litoral que va del Cabo de San Vicente al Cabo de Gata, sin que esta colonización tuviera la menor influencia militar, pues fue exclusivamente comercial.

Los griegos, hacia el año 660 establecen también sus colonias con más o menos oposición de fenicios e indígenas. No hay historiador que piense hoy en serio en el famoso viaje de la nave de Samos que, capitaneada por Kolaios y empujada por vientos contrarios, llegó a Tartessos, regresando cargada de plata; pero la primera fecha griega no se separa sustancialmente de la indicada.

Los griegos debieron pensar en las Baleares, pero se les adelantaron los cartagineses, los cuales, ante las dificultades de conquistar Mallorca y Menorca, por la oposición de sus pobladores, derivaron hacia Ibiza, de conquista más fácil por lo despoblada o desierta que debiera estar. Por otro lado, era un buen punto de apoyo para el dominio del Mediterráneo Occidental, complementado con Sicilia, Cerdeña, Cádiz, y demás colonias fenicias del Sur que pasan a sus manos.

No es aún el momento del pleno dominio en España de Cartago, pero es la potencia más fuerte de las que pisan nuestro suelo, aprovechando esa fuerza para la recluta más o menos forzosa de mercenarios españoles, que entraron, desde los alrededores del año 500, a formar parte de su ejército. Lucharon también nuestros hombres al lado de los griegos, pero en menor número y con menor regularidad.

No es en realidad un ejército español el que combate, pero sí son españoles bajo mandos púnicos los que luchan por primera vez fuera de su Patria en Sicilia, Cerdeña, Italia y Libia. Y bajo mandos griegos en los mismos escenarios.

Los mercenarios españoles constituían, además, el núcleo más fuerte de las guarniciones en Libia y en la propia Cartago. Esto se comprende fácilmente por la poca confianza que inspiraban a sus señores y dueños accidentales para mantenerlos en su Patria; y por iguales razones, las guarniciones cartaginesas en España eran extranjeras, libias principalmente, aunque tanto en su caso como en otro encuadraban un pequeño número de tropas auxiliares del mismo país, aprovechando la rivalidad y fraccionamiento de los pueblos y tribus indígenas.

Cartago reclutaba sus tropas en España por medio de levas, en principio totalmente voluntarias, nutriéndose de las bandas que se formaban en el país y que por su miserable condición de vida

veían en el alistamiento casi una liberación. Se les ofrecía y pagaba una prima inicial de enganche, un sueldo y una parte del botín. Una vez efectuada la recluta se les llevaba a Cartago, donde recibían su equipo y armamento y se les instruía y adiestraba durante un largo período —dos o tres años— antes de salir a campaña.

El sistema de encuadramiento, mandos y organización, estaba calcado de los griegos, y en los ascensos, por elección igualmente que aquéllos, se podía llegar a obtener los mandos superiores desde simple soldado, según las aptitudes demostradas, tanto en el período de instrucción como en los combates.

La recluta de mercenarios comenzó poco después de la fundación y conquista de Ibiza por los cartagineses, y a sus órdenes los españoles dominaron Cerdeña. Esto parece probado, así como que tuvo lugar antes del año 500, por los restos e inscripciones encontrados.

Otros grupos —también de cartagineses con mercenarios iberos— derivaron hacia Sicilia, que casi al mismo tiempo era objeto de emigraciones griegas. La isla, en los alrededores del año 500, era prácticamente una provincia helénica con algunas colonias cartaginesas al Oeste, que éstos deseaban ampliar.

La importancia que concedían los cartagineses a Sicilia, tanto para utilizarla como base de su imperio en el Mediterráneo, como por la belleza y riqueza de sus tierras, lo demostraba el hecho de haber enviado a ella al que pudiéramos llamar Presidente de la República. Era éste el Sufeta Amílcar, Presidente del Senado o primer magistrado de la nación, aunque compartía el cargo con otro de su misma categoría. Autoridad civil, ejercía en tiempo de guerra el mando del ejército, y al frente de éste —en el que formaba la primera leva importante hecha en España del modo ya indicado—, desembarcó en Sicilia en el año 480. El desembarco fue en Panormos —Palermo de hoy—, y al pretender avanzar hacia el Este en dirección a Himera, situada como Palermo en la misma costa Norte de Sicilia, sufrió una sangrienta derrota con muerte de su caudillo —éste primer Amílcar—, vencido por Gelón, de Siracusa, que había acudido en auxilio de Himera. Es la primera guerra greco-púnica y posiblemente la primera actuación como ejército regular de los españoles, aun cuando fuese encuadrado en otras tropas.

Los cartagineses se repliegan al Oeste de la isla, donde mantienen sus colonias y guarniciones, y a continuación hay un período de paz

que dura setenta años, durante el cual los mercenarios iberos que habían quedado en la isla luchan en Grecia a sueldo de Atenas.

Roma era entonces una potencia joven, que se limitaba a contemplar, sin intervenir en las luchas entre griegos y cartagineses, y ligada a éstos por un tratado que Polibio da como concertado el año 509, transcribiendo íntegro su texto.

Libres, por lo tanto, de mayores preocupaciones, los cartagineses deciden una nueva intervención en Sicilia, que además de su conquista vengase el desastre de Himera. Esto da origen a la segunda guerra greco-púnica.

Un Aníbal —el primero que conocemos, nieto de aquel otro primer Amílcar, derrotado y muerto en Himera, setenta años antes—, fue el encargado por el Senado cartaginés de preparar el Ejército. El plan seguido fue el mismo de antes: recluta en España de mercenarios —aparte de los de Libia y otras regiones— e instrucción y entrenamiento en Cartago. Comenzó la ofensiva en el año 409 y se tomaron sucesivamente Selinús, Himera, Akragas, Gela, Kamarina y finalmente Siracusa. La campaña comenzada por Aníbal quedó terminada por su sobrino Himilcon. Las primeras victorias cartaginesas fueron muy claras. En Siracusa, en cambio, por haberse llegado a una situación de desgaste muy grande, se ajustó una paz que permitió continuase al frente de la ciudad un estratega, el cual desempeñó un papel muy importante en la tercera guerra greco-púnica: el tirano Dionisio.

La segunda guerra greco-púnica terminó alrededor del año 404, dominando Cartago la mitad occidental de Sicilia, donde dejó guarniciones, y Dionisio y sus aliados la mitad oriental, embarcando luego Himilcon para la metrópoli. Situación muy análoga a la del final de la primera guerra.

La tercera guerra fue promovida por Dionisio, que deseaba liberar y dominar toda la isla. El asalto y destrucción de algunas guarniciones cartaginesas, determinaron al Senado a intervenir por tercer vez, enviando de nuevo a Himilcon, tras las mismas levas de nuestros soldados y la misma instrucción en Cartago de las dos anteriores. Como la situación en la isla era también la misma —Oeste, Cartago; Este, Dionisio—, el avance cartaginés llevó también la misma dirección, y aun cuando en su marcha obtuvieron algunas ventajas, se estrellaron contra Siracusa, teniendo que ajustar la paz. Hay que señalar aquí un hecho de nuestros mercenarios: lucharon muy bien, y aunque vencidos, fueron realmente abandonados por los car-

tagineses, que embarcaron de nuevo para Africa al mando de Himilcon. Se aliaron entonces con Dionisio, que no sólo los tomó a su servicio, sino que incluso los cedió —también como mercenarios y por un tiempo limitado— a Esparta, luchando en el Peloponeso.

Algunos nuevos intentos cartagineses de reconquistar totalmente a Sicilia no tuvieron éxito, decidiéndose entonces hacer un segundo pacto con Roma, en el año 348, que Polibio transcribe también íntegramente. Hubo un nuevo desembarco cartaginés, siempre reforzado con españoles, y aunque sufrieron dos fuertes derrotas en el río Krimisos y en el monte Ekonomón, ni se pudo definir el final de la guerra ni se modificó la situación general, que siguió siendo dominio de Cartago en el Oeste y de los griegos y siracusanos en el Este, sin que ni unos ni otros pisaran con firmeza más territorio que el suyo.

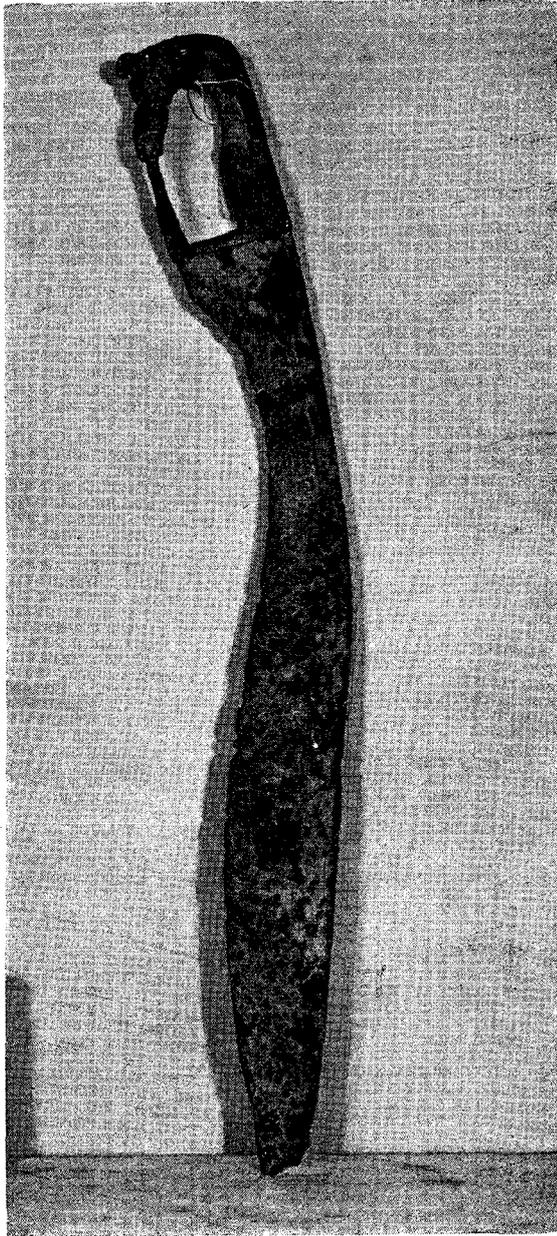
Así, partida de hecho la isla en dos y tras un periodo de relativa paz —del 311 al 264 a. de J. C.—, la nueva potencia, Roma, que no se conformaba con el dominio cartaginés ni aún parcial en Sicilia, ni con el que pretendían fuese total en Cerdeña, prepara su entrada en acción, que va a determinar la primera guerra púnica y, como inmediata consecuencia para nosotros, el pleno dominio cartaginés en España.

Estas primeras actuaciones de nuestros soldados son no sólo las menos conocidas, sino aún las tomadas durante mucho tiempo como casi legendarias. Veamos a Almirante en su *Bosquejo de la Historia Militar de España*: «Sobre los primeros establecimientos de Cartago en España reina tan densa oscuridad como sobre los fenicios. Hacia el año 500 a. de J. C. se menciona un sitio de Cádiz, donde, con la autoridad de Vitrubio, se supone usado por primera vez el ariete por el tirio Pephassenon. Hacia el 413 sacaban levadas entre las tribus españolas para sus guerras de Sicilia. Estas tropas auxiliares dan el asalto a Selinonte y operan en el sitio de Agrigento; pero realmente se vaga entre fábulas y conjeturas hasta 300 años antes de J. C., en que, con el desembarco de los Barca en Andalucía, comienza verdaderamente la existencia histórica de la España cartaginesa».

A pesar de ésto, el gran escritor militar preveía que los grandes científicos no iban a quedar cruzados de brazos, y dar como un cuento fantástico toda la España anterior a Amílcar Barca. Lo demuestra otro párrafo de su *Bosquejo*: «Van tomando tal vuelo las investigaciones geológicas, arqueológicas y etnológicas sobre el origen de



Falcata de hierro encontrada en Almedinilla (Córdoba) y conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Dado lo perfecto de la cabeza del animal y del dibujo de la empuñadura, puede pensarse que pertenece a la fase avanzada de la segunda Edad del Hierro, y siempre con un poco de reserva, por si ese dibujo fuera alguna modificación posterior.



Falcata de hierro con adornos también muy perfeccionados en la empuñadura, hallada igualmente en la necrópolis de Almedinilla y conservada en el Museo Arqueológico Nacional. Aquí la empuñadura está completa, a diferencia de la anterior.

las razas y de los pueblos, que ya constituyen hoy rama independiente y frondosa del árbol de la ciencia, con el nombre de Prehistoria o Protohistoria». El «hoy» de Almirante es de hace setenta años y hace suponer que en la continua búsqueda de datos para una tarea revisionista, se llegará a límites insospechados.

Los escritores civiles rehuyen siempre que pueden el llegar a conclusiones definitivas. Y hacen bien, pues se evitan errores muy graves a veces. Todos sabemos que un historiador de la categoría del Padre Mariana, hizo venir a España a los griegos antes que a los fenicios. Y no hablemos ya de la serie de reyes fabulosos, que según él nos gobernaron antes de la llegada de griegos y púnicos: los Geriones, Hispalo, Hespero, Atlas, Caco, Palatuo, etc., iniciadores, en su opinión, de los primeros balbuceos de la organización militar, y que forman los primeros almacenes de armas ofensivas y defensivas.

Pero de eso a eliminar por completo todo lo anterior al siglo III hay su diferencia. Tomemos algo de Ballesteros en su *Historia de España*: «Campo restringido, incierto y objeto de continuos desdenes por parte de los historiadores sesudos, fue la Prehistoria hace algunos años. Eruditos tan concienzudos como don Marcelino Menéndez y Pelayo plegaban sus labios con una sonrisa de incredulidad cuando de épocas prehistóricas se trataba, y en cambio hoy, el caudal de conocimientos de esta disciplina aumenta de día en día, y es tal el cúmulo de investigaciones y la abrumadora bibliografía, que constituye uno de los palenques de mayor actividad científica, volviendo de su acuerdo aquellos mismos que dudaban con gesto escéptico de las enseñanzas prehistóricas». Palabras que, como se ve, son en el fondo idénticas a las de Almirante.

¿Y militarmente? No se puede permanecer ajeno a estas cuestiones que tan directamente nos afectan, aunque se evolucione con los años y se rectifique toda las veces que sea preciso. Los tiempos anteriores a Amílcar y Aníbal, oscuros, imprecisos, mitad fantasía, mitad leyenda, se van aclarando con las investigaciones arqueológicas, con el descifrado y traducción de inscripciones, y con la confronta y contraste de los textos clásicos, y ya no hay razón para que no formen un primer capítulo de nuestra Historia Militar, susceptible de modificar, ampliar y aclarar si las circunstancias lo exigen.

Lo que no puede hacerse es conformarse con los relatos vagos, ingenuos e infantiles de los historiadores del siglo pasado y principios del actual, que limitan el examen de estos tiempos a una tenue

pincelada abstracta y confusa, pero además con pretensiones de incommovible.

Y así vemos que escritores exclusivamente militares, como Barado y Clonard, y de los que suelen tomarse las primeras notas y aco-taciones cuando se inician trabajos de esta índole, no nos dan ni una sola idea concreta sobre el particular, exponiendo los hechos sin orden ni método.

Si examinamos los primeros tomos de sus obras, vemos que lo parecido de las exposiciones que ambos realizan de la milicia prerroma-na, hace pensar en un mismo ritmo, un mismo pensamiento y unas mismas fuentes tomadas en la misma dirección y, por consiguiente, con los mismos fallos y omisiones. En ambos, de las actuaciones de los mercenarios españoles en las guerras greco-púnicas, no se hace la menor alusión.

Y hubo, sin embargo, en ellas unas formaciones regulares, que actuaban como un ejército normal, aunque fuese utilizando los mol-des griegos y bajo mandos cartagineses.

Estos reforzaron todas sus formaciones, además, con los honde-ros baleares, que constituían normalmente la décima parte de su Ejército.

V. LA PLENA DOMINACIÓN CARTAGINESA

Primera Guerra Púnica. Amílcar Barca.

Tuvo lugar esta guerra del 264 al 241 a. de J. C. y en ella se en-frentaron por primera vez cartagineses y romanos. Sicilia fue el tea-tro de operaciones y la causa del litigio, pretendiendo los contendien-tes asegurarse el dominio del Mediterráneo central.

Terminó, como es sabido, con su conquista total por los roma-nos, que impusieron a los púnicos un duro tratado de paz. Durante ella volvieron a actuar las falanges ibéricas encuadradas en el Ejér-cito cartaginés, lo mismo que en las tres guerras anteriores, y por ello tiene el mismo interés militar, ya que Cartago seguía contando en España con su arsenal de hombres, hasta entonces con legalidad y derechos plenamente reconocidos en los dos tratados de paz ajus-tados con los romanos en los años 509 y 348.

Roma es la primera en intervenir con los conocidos pretextos de resolver las disputas y luchas de las ciudades del estrecho, Reggio y Messina, de las que termina apoderándose.

Y es en este momento —263 años a. de J. C.—, cuando Cartago se decide también a intervenir seriamente, siendo la primera acción de guerra en la ciudad de Akragas, sitiada por los romanos, defendida por un Aníbal y en cuyo socorro acude Hannón con su ejército de 50.000 infantes, 6.000 jinetes y 60 elefantes, ejército que sufre una fuerte derrota, aunque Aníbal puede evacuar la plaza. «No sabemos —dice García Bellido—, ni el papel ni el número de víctimas que en esta desgraciada acción cupo a los iberos. Pero debió ser importante, pues sus contingentes eran también los más numerosos».

Después de la conquista de Akragas, los romanos hacen una pausa en Sicilia y deciden atacar a los cartagineses en sus dominios de Africa, donde nuevamente los mercenarios españoles, a las órdenes de Amílcar, detienen su avance y les hacen regresar a Sicilia.

Aquí inician una serie de acciones victoriosas, y sólo la buena defensa de los españoles de una posición clave —el monte Heirkte— detiene algún tiempo la total conquista de la isla, que tiene lugar al lograr los romanos el pleno dominio del mar, cuando una escuadra deshace a la cartaginesa, quedando totalmente aisladas las fuerzas de Sicilia, que resistían al mando de Amílcar Barca, el conquistador de España, y a quien se le había entregado cuando ya la causa cartaginesa estaba perdida.

Cartago se vio obligado a pedir la paz, y al ejército de Amílcar le fue permitido pasar a Africa el año 242.

Este ejército, compuesto de 20.000 hombres, de ellos un cincuenta por ciento de españoles. se sublevó en Africa, tanto por estar amargados y desmoralizados por sus derrotas en Sicilia, como por deberseles una parte de sus sueldos, y favorecidos por el deseo, siempre latente, de independencia de los libios. La sublevación duró tres años —242 a 239— y fue liquidada por Amílcar con terribles castigos.

Esta rebeldía tuvo repercusiones en España, donde se inició otro levantamiento militar contra Cartago, que determinó al Senado cartaginés a enviar a Amílcar Barca con un cuádruple objetivo: castigar la sublevación; constituir una base de operaciones militares que sustituyera a las pérdidas en Cerdeña, Córcega y Sicilia; aprovechar sus naturales riquezas; y, finalmente, repetir la recluta de grandes contingentes de mercenarios.

Amílcar desembarcó en Gadir en el año 237, y con él van su yer-

no Asdrúbal y su hijo Anibal, que forman la conocida trilogía de caudillos cartagineses en España.

A Amílcar le hace frente el primer Ejército español de que se tiene noticia, luchando como tal y con alguna organización. Sus generales —así pueden considerarse a sus jefes Indortes e Istolacio— son derrotados y muertos, con lo que Amílcar no sólo se hace dueño de toda la cuenca del Guadalquivir, sino que puede alistar a sus directas órdenes 3.000 prisioneros —su primera leva—, que seguidamente refuerza con otros.

Su mando en España duró nueve años, y en ese tiempo conquistó ciudades por las armas, se atrajo a otras y fundó algunas, como Akra Leuka, próxima a Alicante. De ella partió para el sitio de Helike, tal vez Elche, donde ocurrió su muerte en el 228 y donde tuvo lugar la acción, fantástica o real, de los bueyes tirando de carretas encendidas, estratagema atribuída al rey Orissón, caudillo de los oretanos.

¿Cuál fue durante la conquista de Amílcar el estado y situación del Ejército español?

Podemos considerarlo bajo tres aspectos.

El primero, el Ejército de Africa. Eran los restos de los mercenarios de Sicilia, sublevados y vencidos por Amílcar y duramente castigados, que ya no eran muchos, tal vez menos de diez mil.

El segundo, el Ejército de España, formado por indígenas en total rebeldía contra Amílcar. Con sus dos principales caudillos Indortes e Istolacio, llegó a reunir este ejército 50.000 hombres, teniendo un cierto sentido de la organización y de la táctica, inspirado, como todo lo de esta época, en los principios griegos. Combatió duramente y su lucha duró prácticamente los nueve años del mando de Amílcar.

El tercero, es el Ejército peninsular, que poco a poco va pasando a engrosar las falanges cartaginesas, sometido, capturado o ganado por la persuasión.

Todo este período de nueve años, es el primero verdaderamente importante de la historia militar española en nuestro suelo, ya que las otras acciones tuvieron lugar fuera de España.

Asdrúbal y Anibal.

Asdrúbal sucedió a su suegro Amílcar en el mando y gobierno de España, por un período análogo, del 228 al 221.

Su primera preocupación fue reforzar y engrosar su ejército. For-

mado en época de Amílcar por africanos e iberos, amplió ambas bases y llegó a tener 50.000 infantes, 6.000 jinetes y 60 elefantes. Además de esa reorganización, hay en su mando otros dos puntos de interés militar: la fundación de Cartagena, y el tratado con Roma en el año 226, llamado tratado del Ebro.

La elección del lugar para la fundación de Cartagena lo considera García Bellido como genial: por la amplia y segura bahía, la riqueza en plata de sus alrededores, su proximidad a las costas del Norte de Africa, su emplazamiento dentro de los límites de los tratados con Roma, la riqueza salina de sus playas cercanas, y, en fin, los amplios campos de esparto; fueron —dice— otros tantos motivos para constatar el alto sentido político, militar y diplomático de Asdrúbal.

Por el tratado del año 226 quedó acordado que los púnicos no pasaran del Ebro, y fue una evidente concesión de Roma, que reconocía sus pasadas conquistas, incluso en la parte costera de Cartagena al Ebro, fuera de la influencia cartaginesa en el tratado del 348.

La situación del Ejército español era sensiblemente igual al de la época de Amílcar: una parte encuadrada en el ejército regular cartaginés, los restos que pudieron quedar en Africa de los mercenarios de Sicilia, y las tribus indígenas del Centro, Norte y Noroeste, que no reconocían ninguna dominación.

Pese a la política hábil, inteligente y humana de Asdrúbal, su fin fue, como se sabe, violento, ya que pereció asesinado por el esclavo de un jefe español, víctima anterior de la justicia de aquél.

Aníbal, hijo de Amílcar, sucedió a Asdrúbal, y su elección fue hecha de un modo espontáneo y sincero por la mayoría de sus soldados, y confirmada por el Senado cartaginés el año 221.

Aníbal atendió primero a dominar el Centro de la Península, lo que realizó en los veranos del 221 y 220; conquistando el primero la zona entre el Tajo y el Guadiana y el segundo la situada entre el Tajo y el Duero. Llegando hasta Salamanca y regresando a invernar a Cartagena.

Después dirigió sus miras a Sagunto, punto oscuro del tratado del Ebro por su situación al sur del río, conquistándolo en el otoño del año 219, tras la heroica lucha de todos conocida.

Una vez vencida Sagunto, Aníbal reorganiza el ejército sobre la base del de Asdrúbal; hace en primer lugar un cambio de guarniciones —africanas a España y españolas a Africa— moviendo así quince mil

hombres entre infantes y jinetes, deja a su hermano Asdrúbal al frente de los asuntos de España; y él con una escuadra y un ejército de noventa mil infantes y doce mil jinetes pasa el Ebro, emprendiendo su famosa marcha hacia Italia.

En el número inicial, de cien mil hombres, había un tercio de peninsulares, sufriendose antes de llegar a Italia reducciones importantísimas, que acusaron también las tropas españolas. Estas reducciones tuvieron lugar a lo largo de la marcha, en la que se cruzó el Ebro, pasáronse los Pirineos, atravesóse el Ródano y salváronse los Alpes, y se explican tanto por los contingentes que tenía que ir dejando Aníbal en las guarniciones, como por las deserciones y licenciamientos.

No hay acuerdo completo en Polibio y Tito Livio sobre el número de hombres que llegaron con Aníbal a las llanuras del Pó. Polibio dice: «El cuerpo de tropas que le había quedado salvo, se reducía a doce mil infantes africanos, ocho mil españoles y seis mil caballos, como él mismo testifica en una columna hallada en Lacinio, describiendo el número de su gente». Pero Tito Livio indica otras cifras e incluso otra composición, al incluir a franceses e italianos de esta manera: «Y no se puede saber de cierto cuanta gente tenía Aníbal cuando fue pasado a Italia, porque los escritores son en ello diversos, y los que ponen más, escriben que tenía cien mil hombres de pie y veinte mil de caballo, y los que ponen menos dicen que tenía mil peones y seis mil caballos. Y Lucio Linio me movería a le creer, él escribe de sí que fué preso por Aníbal, si no confundiese el cuento añadiendo los franceses y ligurianos. Y con estos escribe que Aníbal pasó en Italia ochenta mil peones y diez mil caballeros».

Pero a efectos nuestros basta saber que se mantiene la proporción de un tercio de españoles, tanto durante la marcha como en las conocidísimas batallas de Trebia, Tessino, Trasimeno y Cannas. Sólo puede haber duda de la intervención española en la del Tessino, por no ser mencionada directamente, pero la cita es expresa, tanto en las otras tres como en las acciones parciales que siguieron a Cannas, hasta que Aníbal embarcó para África.

Un momento de importancia en la marcha de Aníbal del Ebro al Pó, a fines de encuadramiento de nuestros soldados, es el cruce del Ródano. Roma, bien que conociese el paso del Ebro por Aníbal, o bien que lo presintiese, determinó enviar un ejército a España, al mando de los hermanos Publio y Cneo Scipión, que atacase la retaguardia cartaginesa. Este ejército hace un alto en el Ródano para

dar la batalla a Aníbal en este río, pero sólo tiene lugar una lucha pequeña de dos partidas contrarias, tomando entonces los dos hermanos caminos opuestos. Publio hacia Italia y Cneo a España, con cuyo desembarco en Ampurias comienza la romanización de nuestro ejército. Esta tiene lugar, como es lógico, primeramente en la zona Ebro-Pirineos, aunque no en su totalidad, pues algunas tribus se mantienen fieles a los cartagineses.

Polibio y Tito Livio coinciden ahora en lo esencial. Polibio lo dice en esta forma: «Durante este tiempo —invierno 219-218— C. Cornelio, a quien su hermano Publio había dejado al mando de las fuerzas navales, haciéndose a la vela con toda la escuadra desde las bocas del Ródano, aportó a aquella parte de España llamada Emporio. Allí echando pie a tierra sus tropas puso sitio a todos los pueblos marítimos hasta el Ebro, que rehusaron obedecerle y recibió con agasajo a los que de voluntad se entregaron, pero cuidando en lo posible que no se les hiciese extorsión alguna. Luego que hubo asegurado estas conquistas penetró tierra adentro con su ejército, ya notablemente engrosado con españoles. Apenas supo Asdrúbal lo sucedido, pasó el Ebro y vino prontamente al socorro; toma de su ejército ocho mil infantes y mil caballos, sorprende estas tropas (romanas) dispersas por aquellos campos, mata a muchos y precisa los restantes a refugiarse a sus navíos. Después de lo cual, vuelve a pasar el Ebro y sentado su cuartel de invierno en Cartagena, entrega todo su cuidado a los preparativos y defensa del país de parte de acá del Ebro. Scipión vuelto a la escuadra, castigó a los autores de este descuido según la disciplina romana; y hecho después un cuerpo de las tropas terrestre y navales, marchó a invernar a Tarragona». Y Tito Livio trata del asunto así: «Entretanto que estas cosas se hacían en Italia (batallas del Trebia y Trasimeno), fué enviado Cneo Scipión en España con una armada y un ejército. Y partiendo de la entrada del Ródano y saliendo cerca de los Montes Pirineos puso su hueste en tierra. Y comenzando desde los pueblos Lacetanos hasta el río Ebro, renovó las amistades y procuró otras de nuevo, trayéndolas todas al señorío de los romanos. Y acrescentando su fama, no sólo halló gracia en los pueblos marítimos, más aún en los que estaban mediterráneos entre las montañas y otras gentes más feroces. Y no sólo hizo paz con ellas, más aún ganó amistad de armas y éstos ordenaron algunas capitanías de su gente para ayudar a los romanos».

Según se ve, ambos relatos concuerdan, e igualmente las descripciones que continúan.

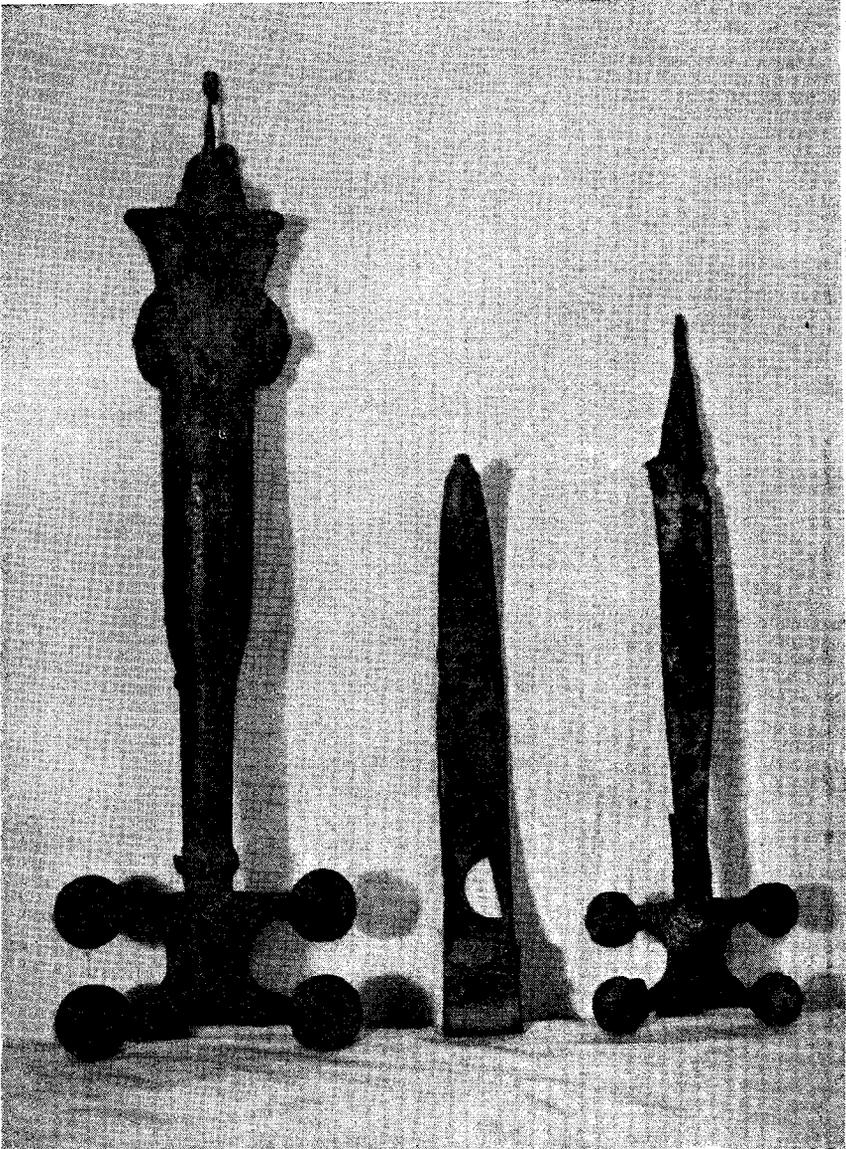
Como consecuencia, en esta primera parte de la campaña romana que termina en el Ebro, tiene nuestro ejército una rama más, la afecta a Roma. Pero no toda la parte de nuestra Península entre el Ebro y los Pirineos es romana. Aunque de Tito Livio y Polibio se desprende que sí, y que a lo sumo sólo puedan quedar algunas tribus y comarcas aisladas sujetas aún al imperio cartaginés, otros opinan que la situación de Cneo Scipión no era muy clara ni muy firme, y que únicamente va a consolidarse cuando el Senado Romano, a raíz de la derrota del Tessino, ordena a Publio Scipión que vaya a reunirse con su hermano y juntos ambos emprendan la conquista formal de toda la Península, destrocen los ejércitos cartagineses, encuadren bajo las banderas de Roma a todas las tribus españolas y, sobre todo, y como objetivo principal, impidan a toda costa que el ejército de Asdrúbal pueda reagruparse al Sur del Ebro y pase a Italia en ayuda de su hermano Aníbal.

En esta primera parte de la conquista romana pueden no estar claros los detalles, y sobre todo el número de españoles que se enfrentaban en ambos ejércitos, cartaginés y romano; menos aún el de los españoles independientes. Y en cuanto a sus formaciones y modo de combatir, lo acertado es suponer que los españoles independientes y los encuadrados en el ejército cartaginés funcionaban al estilo griego, y los del ejército romano bajo las formas nuevas. Falange contra Legión una vez más.

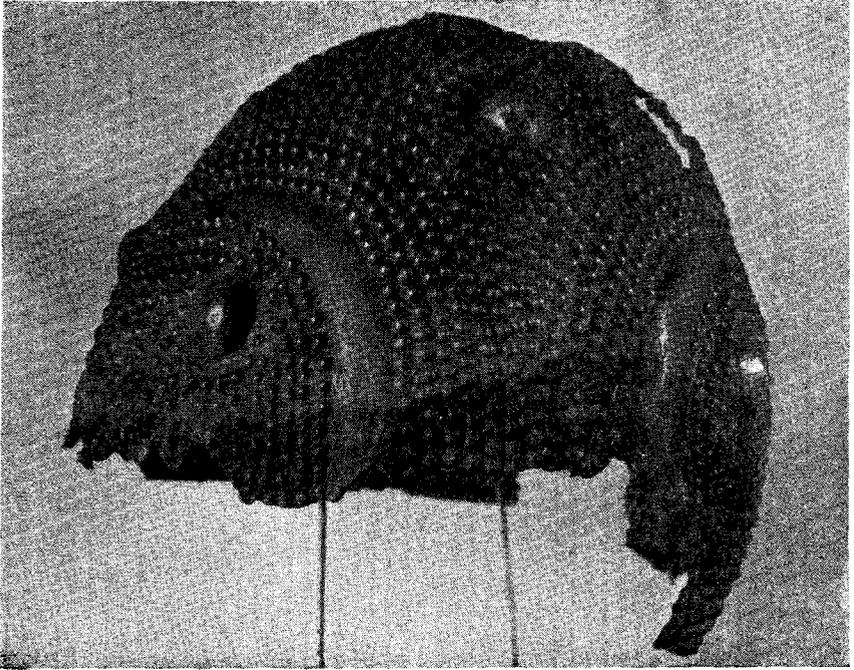
La fantasía, la invención, o simplemente la exageración, si se quiere, de Polibio y Livio, es en el número de acciones guerreras, en su extensión y en su importancia, pero no en la idea de conjunto, que en resumen es la siguiente:

a) Desembarco de Cneo Scipión en Ampurias y comienzo del encuadramiento de los españoles en el ejército romano. Quedan tribus afectas a los cartagineses y tribus independientes. Esto al Norte del Ebro. En el Sur sigue el dominio cartaginés y los rebeldes. El Ejército español tiene, pues, tres ramas al Norte del Ebro y dos al Sur. Hay una cuarta que es la que sigue formando parte del ejército de Aníbal en Italia. Y no hay inconveniente en señalar una quinta, en las guarniciones próximas a Cartago en el Norte de Africa.

b) Publio Cornelio Scipión desembarca también en Ampurias, se une a su hermano y refuerzan juntos la conquista y romanización del Norte del Ebro, preparando el paso de este río.



Dos vainas de espada corta y media hoja de espada; observándose lo curioso de las conteras de las vainas. Halladas en Miraveche y conservadas en el Museo de Burgos; pertenecen a la segunda Edad del Hierro y son privativas de la cultura celtibérica de la Meseta.



Casco de plata encontrado en Caudete de las Fuentes (Castellón) y conservado en el Instituto de Valencia de Don Juan. Está adornado con una representación de cuernos, cuya iniciación se ve claramente. Aunque no se descarte la hipótesis de que su fabricación tuviera lugar en la Península durante la primera Edad del Hierro, lo más probable es que proceda de cualquier transacción comercial.

c) Paso del Ebro, conquista de las zonas cercanas y aproximación a Sagunto.

d) Comienza el encuadramiento de los españoles del Sur del Ebro en los ejércitos romanos. Con más rapidez a partir de la reconquista de Sagunto —año 215— llegando a su máximo el 214.

e) Reorganización de cartagineses y romanos, que perfilan tres ejércitos por bando. Los cartagineses con Asdrúbal, otro Asdrúbal hijo de Gisgon, y Magon. Los romanos con dos reunidos, al mando de Publio, y otro al mando de Cneo. La masa principal de estos seis ejércitos eran españoles, aunque los cartagineses habían recibido también importantes refuerzos de Africa, entre ellos el de Masinisa con su caballería nómada.

f) Derrota y muerte de los Scipiones, volviendo los romanos a pasar el Ebro para mantenerse en la zona costera de Cataluña, donde reorganizan sus tropas.

g) Llegada, también a Ampurias, de Publio Cornelio Scipión, tras unos momentos difíciles para Roma, encuadramiento definitivo en su ejército de los auxiliares españoles del Norte del Ebro, y segundo paso del río. Al Sur seguían los tres ejércitos cartagineses vencedores de Publio y Cneo, situados —según Polibio—, uno en Cádiz, otro en el Tajo, y otro en «cierta ciudad de Carpetania». Además había una fuerte guarnición en Cartagena, primer objetivo importante de Scipión, que la conquista en el año 209.

h) Conquistada Cartagena, hay una fase importante para los españoles: el comienzo de su encuadramiento definitivo con los romanos. Scipión aprovecha muy bien el momento y, además de reforzarse con nuestros soldados, se preocupa de enviar voluntarios iberos a Italia.

Una vez reorganizado su ejército peninsular y aumentada notablemente su fuerza con las tribus españolas —principalmente con los tres jefes iberos de más categoría y prestigio, Indivil, Mandonio y Edecon—, marcha decididamente contra los tres ejércitos cartagineses que aún quedaban, y vence a Asdrúbal en Becula —proximidades de Bailén—, en el año 208, más probablemente que en el 209. Esta batalla, aun perdida por Asdrúbal, le da margen para reagrupar sus tropas y emprender la marcha a Italia, atravesando los Pirineos por su parte occidental, con un ejército formado en su mayor parte por españoles, aunque después fue reforzado por galos y ligures. Es el ejército que no pudo unirse con Aníbal, y fue derrotado en el Metauro, en el año 207. Batalla en que combatieron españoles en los

dos lados ; en el cartaginés, los de Asdrúbal, y en el romano los que habían sido enviados por Scipión a raíz de la toma de Cartagena.

i) Desaparecido Asdrúbal de la escena española, sólo quedan aquí los otros dos ejércitos cartagineses, del otro Asdrúbal y Magon. Scipión emprende una acción decisiva en el año 207, que culmina con la batalla de Ilipa, seguida de otros combates, ya todos favorables a Roma. Los cartagineses se van arrinconando hacia Cádiz, perdiendo continuamente terreno y también sus tropas españolas, que pasan al bando romano. No todas, pues varias tribus nuestras se mantienen independientes y son las que durante muchos años van a luchar contra sus nuevos dominadores. Pero, en síntesis, al finalizar el año 206, la mayor parte del ejército español, en la Península, estaba a las órdenes de Scipión, y otras dos fracciones más pequeñas se encontraban, una al lado cartaginés en Cádiz, y otra independiente.

En Italia seguían los mercenarios españoles junto a Aníbal, ya a punto de pasar a Africa, y también al lado romano los vencedores del Metauro.

Finaliza la fase cartaginesa.

VI. RESUMEN DE LA ESPAÑA MILITAR PRERROMANA Y ALGUNAS NOTAS ACLARATORIAS

Con anterioridad a la llegada de Amílcar Barca no podemos hablar de una España totalmente cartaginesa, pero sí de una gran influencia púnica que tiene además bases militares. Muy firmes algunas de ellas, como Ibiza, plenamente suya desde el año 654, y todas con la suficiente fuerza para iniciar sus levas de mercenarios.

Pero ni aún forzando mucho la fantasía, podría hablarse de una división de España en distritos o territorios militares. Tampoco había una división política, pues el primer paso en ese sentido lo dio Roma bastante después, con las dos conocidas provincias de Citerior y Ulterior.

Existía, pues, solamente la también muy conocida división de España en Iberos (Sur, Este), Celtas (Norte, Oeste) y Celtíberos (Centro), y la subdivisión en tribus, que no dominaban un territorio perfectamente definido.

Sobre cuáles eran estas tribus o pueblos, siguen manteniéndose las teorías de Estrabón y Diodoro, que indicaban para los Iberos los

pueblos Turdetanos, Bártulos, Beturios, Bastetanos, Contestanos, Ede-tanos, Cosetanos, Indígetes, Lacetanos e Ilergetes; para los Celtas los Cántabros, Astures, Bascones, Galaicos y Lusitanos; y para los Celtíberos, la raza mixta del Centro, los Arevacos, Pelendones, Vacceos, Carpetanos, Oretanos y Berones.

Ni eran solas, ni estaban todas encuadradas en los límites que comúnmente se les asigna. Y así se confundían los Arevacos con los Pelendones, unos suponen que los lusitanos son celtas, y otros que iberos corridos al Oeste, etc. La cuestión no es del caso y lo que sí puede afirmarse es que las tribus no tenían la suficiente ligazón como para formar un Estado unido y menòs aún una división militar.

Ahora bien, en sus luchas internas con otras tribus, y en las habidas con sus invasores, iban dibujándose unas formas y tendencias inspiradas todas en las formaciones de Grecia. Los haces o catervas de seis mil hombres no son otra cosa que falanges, con alguna modificación.

La dominación cartaginesa afectó de lleno a las costas meridionales y orientales, no profundizándose hacia el interior hasta los tiempos de Amílcar y de Aníbal, sobre todo, pero regresando siempre después de efectuada la recluta, la conquista o, simplemente, el castigo o represalia, a sus bases de la costa, y más concretamente a Cartagena.

No hablemos, por lo tanto, de una división militar propiamente dicha, pero sí —durante todo este período de 500 ó 600 a. de J. C. al 206— de la idea de una España Ibera, una España Celta y una España Celtíbera, que con sus subdivisiones en tribus forman sus diversos contingentes armados, nutriendo, sobre todo los iberos, el ejército de Cartago

La división en armas combatientes puede estar más clara, principalmente en los mercenarios.

Forman el ejército cartaginés las dos armas clásicas; Infantería y Caballería. Hay un tercer elemento, los elefantes, y un cuarto, los arietes y demás máquinas de guerra. Los mercenarios españoles figuran sólo en las dos primeras.

La Infantería era pesada y ligera, determinado esto por las características de las armas. Su equivalencia griega eran los Oplitas y Peltastas. El otro tipo de infantería griega, mas ligera aún, los Psilitas, tenían también su representación, muy clásica y muy española, en los honderos y flecheros, reclutados principalmente en Baleares.

La Caballería, simplificaba un poco la griega y era también pesada y ligera, de acuerdo con el armamento: lanzas y espadas, en la primera, y dardos, arcos y hondas, en la segunda. Los españoles formaban con distinto carácter en ambas armas, pues mientras en infantería constituían el núcleo más fuerte de la ligera, en cambio, en caballería estaban en su mayor parte encuadrados en la pesada.

En cuanto a la táctica y estrategia, formaciones y evoluciones, recluta, sueldos, botín, honores, mandos, elección de la oficialidad, clases y generalato, abastecimientos y transportes, estaban, como hemos dicho, íntegramente tomados de los griegos.

Hay otro punto del que conviene decir algo; del número de componentes de estos ejércitos. Está como es natural ligado al número de habitantes.

Pocos historiadores dan cifras y casi ninguno, por no decir ninguno, de la época anterior a Roma. Pero podemos tener una idea aproximada, rebajando un poco las del período romano, en las que se habla de seis millones en total; cinco millones de hombres libres y un millón de siervos y esclavos. No repartidos uniformemente por la Península, pues estaba más poblado el Sur y el Este, una consecuencia lógica de haber sido la parte que más directamente recibió las sucesivas oleadas de colonizadores y exploradores.

El número de seis millones de la época del Imperio, debe reducirse a cuatro, tres, o aún a dos millones en los alrededores del año 500, años de los primeros voluntarios que, formando con los cartagineses, defendieron la causa de éstos y adoptaron unos métodos de combate y una táctica que giraba alrededor de la falange, primera unidad en que se inspira el Ejército español.

Esto en cuanto a la población total. Sobre el ejército tampoco hay datos concretos ni con la suficiente ligazón como para formar una idea exacta. Vamos a dar algunos con un cierto orden cronológico.

Herodoto da en bloque —como casi todos los autores— la cifra de trescientos mil entre fenicios, libios, iberos, ligures, sardos y corsos, con los que el primer Amílcar conocido empieza las campañas sicilianas que desembocan en la batalla de Himera; primera guerra greco-púnica en el 480. Un poco sencillamente, dado el número y las nacionalidades, podemos deducir un grupo ibero de cincuenta mil. En la segunda guerra —setenta años posterior, como ya vimos—, figuran treinta mil iberos en un ejército algo menor: bajando a veinte mil, de un ejército de cien mil, en la tercera, con algunos celtas. Y

si tenemos en cuenta que esta recluta sólo se hizo en la España sudoriental, hay que pensar en número que se aproxima al doble en el resto de la Península.

Al entrar Roma en acción —primera guerra púnica romano-car-ginesa del año 264—, Cartago, con el mismo sistema de recluta, debió unir a sus filas un número no inferior a los treinta mil iberos, puesto que al evacuar sus tropas a Africa Amílcar Barca, después de su derrota y tras un fuerte quebranto, eran aquéllas unos veinte mil hombres, y de ellos la mayor parte españoles.

Posteriormente, Amílcar se enfrentó con un ejército ibero —el de Indortes e Istolacio— de cincuenta mil hombres, y esto más de una vez.

Asdrúbal reunió y organizó sesenta mil hombres entre los contingentes africanos y los iberos adictos, infantes y jinetes, de los que la mitad eran españoles.

Finalmente, a Aníbal se le opusieron sólo en el centro, en la batalla del Tajo, cien mil celtíberos —cifra dada concretamente por Polibio, aunque otros historiadores rebajen mucho el número— y esto nos lleva al número de trescientos mil soldados españoles en toda la Península, sumando a los que directamente se enfrentaron con Aníbal en la Carpetania, los del resto de España.

Del número de españoles en su ejército invasor de Italia y del anterior cambio de guarniciones, ya hemos señalado los números de treinta y cinco mil y quince mil, respectivamente.

De toda esta época anterior a Roma, no podemos prescindir de los textos clásicos, manejándose principalmente a Herodoto, Diodoro, Polibio y Tito Livio que, con más o menos exageración, nos dan cifras, nombres y circunstancias.

Hemos completado la lectura y estudio de estos textos con un auxiliar valiosísimo: los capítulos que dedica a la parte militar, la *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, teniendo siempre presente lo que ella dice sobre la mayor o menor verosimilitud de los autores antiguos. Y que si las hipótesis no son completamente correctas y están sujetas a fallos y rectificaciones, basta con que no sean incorrectas, que no choquen entre sí, que no se contradigan, que no haya, en fin, nada que si no razona a su favor, tampoco razone en contra, para que sean tomadas en consideración. Del capítulo que dedica a la colonización fenicia, en su apartado «Cuestiones críticas», tomamos estas notas que pueden muy bien extenderse a los tiempos de Cartago: «Se habrá observado que en líneas

generales, las referencias clásicas griegas y latinas —en parte al menos de origen púnico— y los textos bíblicos, coinciden en lo fundamental. En otros puntos es cierto que no van paralelas, pero es también verdad que no se contradicen ni se excluyen. Son textos que reflejan fuentes distintas que se complementan y explican mutuamente sin entrar ni una sola vez en colisión».

Y al señalar después algunas objeciones, de las que la más importante es sobre la fecha de redacción de los textos, muchas veces no coetáneos, ni siquiera próximos a los hechos narrados, lo que puede hacer sospechar una deformación o modificaciones posteriores, añade: «Sin embargo, en respuesta a estas justificadas observaciones, puede aducirse en favor de la verosimilitud del contenido de los textos este razonamiento: que si bien aquellas objeciones hacen vacilar la creencia de que los hechos hayan ocurrido tal y como se cuentan, no aportan, en cambio, prueba alguna en su contra, quedando siempre a favor de la tradición su propia existencia».

Como puede verse, estas lógicas y exactas conclusiones son perfectamente aplicables a todo lo que anteriormente hemos expuesto sobre la milicia prerromana, y sólo cabe preguntarnos en cada momento si se ha dejado de consultar algo de interés y que merezca verdaderamente la pena de ser conocido.

VII. LA RAZÓN DE ESTE TRABAJO

El afecto y respeto hacia los lectores de la Revista, nos obliga siempre a decirles algo de nuestros motivos para tratar tema de tanta responsabilidad, como es la organización del ejército en cualquiera de sus fases.

Una vez más recordamos a Almirante en los apuntes que tenía hechos para el prólogo de su *Bosquejo de la Historia Militar de España*:

«El escritor debe ajustarse a la clase de lectores a quienes se dirige. En la oficialidad del Ejército, como en toda gran colectividad, hay un pequeño grupo, el más letrado y distinguido, al que por natural compensación corresponde otro, en la parte inferior, poco aficionado al estudio. A éste es inútil dirigirse; al otro sería impertinente, pues cada uno de sus individuos puede dar lecciones al autor; pero entre los dos grupos extremos hay otro mucho más numeroso y heterogéneo de oficiales que leen cuando encuentran, que anhelan

saber, que discurren con tino, cumplen bien, y si sus servicios no son tan brillantes como debiera, quizá consista en ahogos de presupuesto, que impiden casinos, cátedras, conferencias, grandes maniobras. A estos, pues, conviene allanarles el camino».

Fundados en ello, hemos pensado que la organización militar española en la Prehistoria, tiene la misma importancia que en cualquier otra época. Y que si algún día ha de redactarse una obra completa de todos nuestros organismos armados, por ahí hay que comenzarla, procurando que la sencillez y claridad haga llegar lo que se escriba al mayor número posible —a ese grupo numeroso a que se refería Almirante—, debiendo también darle esa mayor amplitud, que ahora se ha limitado por razones que el lector comprenderá fácilmente.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Historia*, de Polibio ; tomos I y III.
Décadas, de Tito Livio ; tomo II.
Historia de la Milicia española, de Mendoza.
Trajes y armas de los españoles, de Danvila.
Historia de España, de Lafuente ; tomo I.
Anales de la Nación española, de Luis José Velázquez.
Diccionario, Bibliografía y Bosquejo de la Historia militar de España, de Almirante.
Museo Militar, de Barado ; tomo I.
Historia orgánica de la Infantería y Caballería, del Conde de Clonard ; tomo I.
Historia de España, de Mariana ; tomo I.
Notas de Historia Militar, del General Navarro García.
Origen y desarrollo de las jerarquías militares, de Pardo.
Historia de España, de Ballesteros ; tomo I.
Historia de las Naciones. Cartago, de Alfredo J. Church.
Historia de España, del Instituto Gallach, tomo I.
Historia de España, dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal ; tomo I, volúmenes II y III, y tomo II.
Historia, de Diodoro, Herodoto y Estrabón.
Organización Militar, de Ruíz Fornells y Melgar.
Enciclopedia, de Mellado.
Diccionario Enciclopédico de la Guerra.

Las fotografías que ilustran este trabajo nos han sido facilitadas por el Instituto «Diego de Velázquez», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; y tanto a su director don Antonio García Bellido, como a su secretario don Alberto Badir, agradecemos desde aquí las atenciones y facilidades de todo género que nos han dado, tanto al proporcionarnos las fotos, como por sus aclaraciones y explicaciones.